

CRONICAS DE LA OTRA ASTURIAS

VIAJE A LA COBA, EN EL «TERCER MUNDO» DE NUESTRA REGION

Treinta y siete familias de un pueblo de los Oscos que no conocen el teléfono ni la televisión

A

STURIAS es una región de muchos contrastes, el mar y las montañas, los verdes valles y los escarpados altos de las cumbres.

Hay una Asturias que la gente no conoce, y que ve con unos ojos de turista extranjero. Es la Asturias de montaña, antigua y olvidada; es la que nos presentan los museos y Exposiciones: «el Pueblo asturiano» de Gijón, los hórreos de adorno, etcétera.

Esta Asturias atrasada, perteneciente al pasado y existente en la actualidad, es la que ocupará estas páginas. Será la historia real y verdadera de cómo se vive en unos pueblos casi vacíos, con viejos como habitantes, sin luz y casi sin carretera, pueblos que más bien parecen salidos de siglos pasados que pertenecientes al siglo XX; el siglo de la energía atómica para pueblos que no tienen luz; el de los viajes a la Luna y a otros planetas para pueblos que tienen como único medio de transporte el caballo y el burro; el de las comunicaciones a distancia y la información instantánea para pueblos que no tienen televisión, el receptor de radio sólo funciona después de las ocho de la tarde y no reciben ningún periódico diario...

Estos aspectos definen la Asturias del trabajo arrastrado y continuo, de la madrugada a la noche, de la siembra a la recogida, del verano con sol y el invierno con nieve, del nacer y el morir, del principio y del fin, del pasado lejano y el pasado cercano, pero sin llegar al presente actual.

Tomo un mapa de Asturias y miro la zona occidental de la provincia, Allande, Grandas de Salime, Ibias y los Oscos. Busco un pueblo determinado para que sea el centro y prototipo de los demás, es La Coba, en el Ayuntamiento de Grandas de Salime, pero no lo trae.

Un pueblo que existe y que no figura en los mapas, bien merece ser el centro, pues debe reunir todas las características de la Asturias olvidada.

La Coba será el centro.

La «Gran Enciclopedia Asturiana» sí dice algo sobre el pueblo:

La Coba, aldea de la parroquia de Santa María de Trabada (Grandas de Salime). Está situada a una altitud de 380 metros, dista de la capital municipal catorce kilómetros y tiene un censo de noventa y un habitantes. Tiene escuela. Madoz (1846) dice: «Población, 24 vecinos y 112 almas».

El viaje es largo y difícil. A las siete de la mañana, tomo el ALSA que va hacia La Coruña. El autobús se desliza en la noche cerrada, pasamos por Grado, Salas, hasta Lueca, donde se hace una parada, para tomar algo fuerte y espantar el frío. Continuamos viaje y pasamos por Navia, Castropol y el final de primer trayecto en Vegadeo.

Son las diez y media de la mañana. El autobús hacia San Martín de Oscos, perteneciente a la compañía Piñeiro, sale a la una. Lleva gente joven que realiza estudios de Extensión Agraria aquí, en Vegadeo, y hacen el viaje todos los días a clase. Son muchachos y muchachas de 14 a 16 años.

Subo al autobús y ocupo el único asiento vacío, junto a una muchacha que será la que me hable, durante el viaje, de su tierra. Son jóvenes simpáticos y agradables; como todos los estudiantes, cantan en los viajes, hay todo tipo de canciones: desde regionales a modernas y desde Víctor Manuel a Manolo Escobar.

Pasamos por una carretera con gran número de curvas, más de lo normal, y espacio vacío por la izquierda, precipicio; subimos hasta los casi 900 metros de altitud de la Garganta y nos desviamos hacia Villanueva de Oscos, hasta donde nos acompañó el asfalto. Luego la carretera era de piedra; el autobús daba saltos, tal vez de alegría, tal vez de pena, y así llegamos a San Martín, a las tres de la tarde.

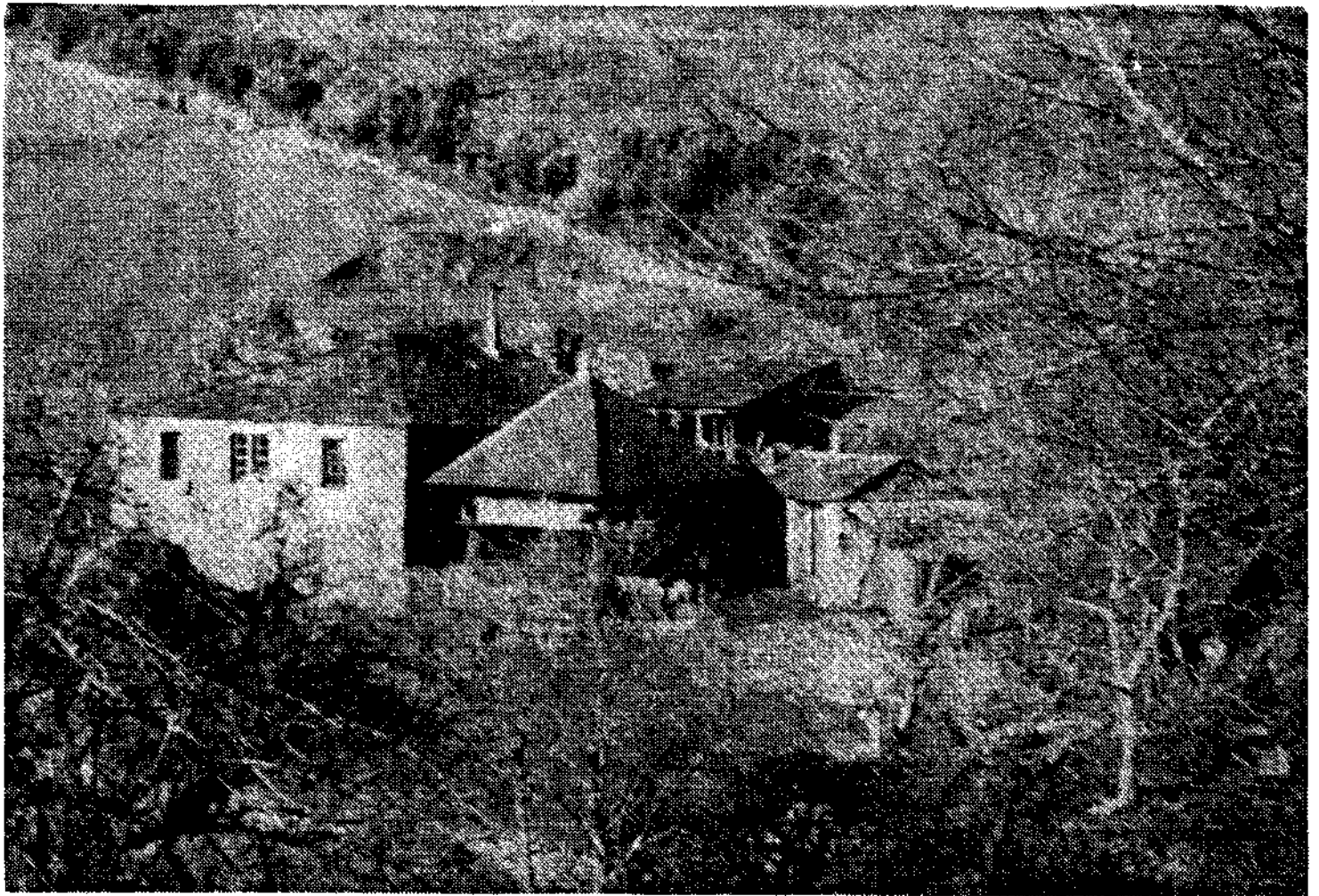
Busco un medio de transporte para el trayecto final. Un taxista se ofrece a llevarme hasta otro pueblo, pero dice que no suele hacer ese viaje nunca, debido al mal estado de la carretera. El coche es un «Seat 1.500» adaptado y potente. Calculo cómo va a ser la carretera: escarpada y mala, pero resulta ser una «pista» por donde se «atreven» a pasar los coches. Así llegamos a Villarquille a las cinco de la tarde, cuando salen los niños de la escuela. Hasta aquí llega el coche; ahora es el zapato el que sigue. Saludo a la maestra, una persona joven y agradable, que me dice cómo es el pueblo y el camino que me llevará hasta él. Hace que dos niños me acompañen, para no perderme. Me despido

ADIOS A VILLARQUILLE

Atrás quedan las últimas casas de Villarquille. Comienza el descenso por una tierra cubierta de maleza y casi sin cultivos, una tierra árida y dura donde sólo crecen tojos. Después de bordear una hondanada y pasar un arroyo que cruza el camino, vuelve el llano. Pero el relieve es más agreste, más salvaje. El firme del camino es negro como el carbón, es de pizarra picada. Llegamos a la Peña Lastra; una corta parada para mirar las casas que aparecen a unos dos kilómetros de distancia y a 300 metros por debajo.

Son casas viejas, con muchos años de historia, que cobijaron a gran número de generaciones y que aún permanecen; casas diseminadas por la falda de la montaña como semillas sembradas a voleo. El camino desciende y gira en ángulo recto al lado de un arroyo; luego continúa recto y en leve descenso. Al acabar éste se llega a la Peña Sufreira, desde donde se observa un bello paisaje: todo el pueblo es visible. Al pie mismo de donde estoy hay una casa, otras junto a la capilla, otras al doblar la montaña y una que parece querer esconderse bajo un bosque. Ahora se ve todo el pueblo, es una sencilla aldea olvidada del hombre, y por ello tal vez más cerca de la naturaleza. El tiempo parece haberse detenido en el siglo XVIII para este pueblo, no se ven cosas del siglo actual. Es un lugar de liberación del agobiante enclaustramiento de la gran ciudad. Miro al cielo y veo volar pájaros de diversos tipos y colores: perdices, codornices, grajos, etcétera, cantan y su himno suena junto al murmullo del río Agüera que con su monótono ruido me acompaña desde hace tiempo.

Continúo mi caminar y llego a una curva cerrada en la que el pueblo aparece desde el lado opuesto al anterior. El camino vuelve a descender y se aleja del pueblo; hay una pronunciada curva y el río se ve allá abajo, hace unos meandros entre peñas cortadas en ver-



Vista de La Coba

El tute y la brisca, únicas diversiones de los días de fiesta

No tienen luz eléctrica, pese a estar a veinte kilómetros de los grandes saltos de agua

CAPITULO I

tical y con más de cincuenta metros de altura. Se ven campos de viñas, colmenas y prados verdes. Paso bajo una casa que estaba escondida y que no había visto; el camino dobla y estoy junto a un grupo de casas. Un carro, un pajar y un perro que ladra para avisar a sus dueños de que llega un «extranjero», un visitante.

El camino va a más de cien metros sobre el río que sigue con su monótono murmullo. Llego hasta una casa en un llano, miro alrededor y veo el pueblo desde dentro; sopla un viento que, frío y cortante, silba para acompañar al río. Veo personas trabajando una tierra, están sayando o recogiendo algo, creo que son nabos; veo vacas pastando a lo lejos, pero sus campanillas se escuchan aquí cerca. Sale humo de las chimeneas de las casas.

VIDES SECAS Y PELADAS

Continúo y el camino desciende en recta, los prados están sembrados de nabos florecidos que dan un panorama de primavera, y los adornan algunas vides secas y peladas.



Los trabajos del campo, tarea que dura todo el año

Veo la casa en que voy a parar. Es un edificio reformado, aunque de construcción antigua; hay que subir por un camino y se acerca uno por el otro lado; un arroyo cae a cincuenta metros de la casa; es el «agua corriente».

La hacienda tiene tres edificios y un corral lleno de instrumentos de trabajo: un carro del país, un eje de ruedas de repuesto y gran cantidad de picos, palas y hazadas.

Los edificios son: el hórreo, el cobertizo y la casa. El hórreo es de cuatro patas, más una muleta de refuerzo para una viga resquebrajada.

En el lado derecho está el cobertizo que tiene el cubil de los «ranchos» (cerdos pequeños), luego está el horno de cocer el pan y luego la bodega.

Al fondo está la casa vivienda. El piso del corral es de tierra y de paja que poco a poco será estiércol. Hay algunas gallinas y un gallo altanero de color rojo y marrón vivo.

La casa vivienda tiene un pasillo al entrar, donde están las madreas, ropas de agua, sacos y otras cosas. Tiene cuatro puertas: la cocina, dos habitaciones y el comedor.

La cocina es amplia. Tiene el fuego de leña en el centro y con armarios bajos a los lados. Uno es la leñera y el otro es donde se guardan los cubiertos para comer; alrededor se ponen bancos de madera y la cocina y los planchones (losas sobre los armarios) hacen de mesa. A la derecha está el fregadero, con tubería de salida, pues el agua se trae en cubos desde el arroyo que hay afuera. A la izquierda está la cocina de dos fogones de butano, que se emplea cuando hay prisa.

Pero todavía quedan casas con cocinas bajas, en el suelo, de leña, tipo «lareira», en gallego, en la que se hace fuego sobre unas piedras a modo de baldosas y con troncos gruesos y largos; tienen el «guindaste», una especie de grúa de la que pende la «garmalleira», una cadena de la que se cuelgan los platos que se van a poner a cocer.

Las habitaciones son iguales que las de todas partes, una o dos camas, un armario, un baúl, una palangana...

CUADROS DE BODAS, DE LA LEGION...

El comedor es tan grande como la cocina, con una mesa en el centro y diez sillas, unas junto a la mesa y otras junto a las paredes. Hay un armario con los cubiertos finos, copas y adornos. Un amplio ventanal con grandes cortinas y, por las paredes retratos, del abuelo y la abuela cuando se casaron. De aquella el abuelo tenía bigote y en su rostro se reflejan muchas ilusiones y esperanzas; enfrente hay un cuadro de la última cena con dos palmas a los lados; luego hay fotos de los hijos cuando estaban en la Legión, cuando se casaron y algunos cuadros de escenas típicas asturianas.

También hay dos puertas para dos habitaciones pequeñas. Una será la mía, que tiene una cama, una mesilla de noche, una palangana y una ventana que da al camino por donde vine.

La «casa Mon», que es su nombre, está habitada por el abuelo, el matrimonio y tres hijas pequeñas.

Después de dejar la maleta y la bolsa, bajo hasta la cantina; el camino es muy pendiente, se encuentran surcos transversales para que el agua no arrolle por el camino. Llego a un llano donde está situada la capilla, pequeña, con una espadaña y dos campanas, y la cantina, que es también el único comercio del pueblo, pero con poco surtido, pues la gente consume lo que produce y compra pocas cosas.

Como no hay ningún medio de entretenimiento moderno, el pueblo recurre al más antiguo: los juegos de baraja (tute y brisca); se forma rápidamente una partida de cuatro personas y comienza el juego, hay una media de vino por medio que pagarán los perdedores. Se tiene que llegar a seis juegos para ganar y son tres partidas. En este juego son

(Pasa a la página siguiente)

Texto y fotos: Manuel ALVAREZ VAZQUEZ